



François Mitterrand y Gaston Deferre salen de la sede del PCF: "la izquierda está perdiendo diez mil votos por minuto".

## EL DESENCANTO DE LA IZQUIERDA FRANCESA

EDUARDO HARO TECLEN

**E**NTRAR en análisis y discusión acerca de quién tiene la culpa —¿socialistas, comunistas, radicales?— de la ruptura práctica de la izquierda francesa es entrar aún más en la división. Y caer en el vicio de una sociedad contemporánea —y, por qué no, antigua— de buscar culpables —que son siempre "los otros"— en lugar de buscar causas. Tras el portazo del radical Fabre en la primera reunión "en la cumbre" de los tres partidos, hubo un momento de perplejidad y de asombro —sobre todo en la base, que llega a la imitación—, se buscó rápidamente la posibilidad de una nueva reunión, tras una llamada "reflexión": se encontraron otra vez el jueves 22 de septiembre. Y terminaron al día siguiente con un único acuerdo: el de constatar sus desacuerdos. Y una decisión común: la de suspender *sine die* las negociaciones. Inmediatamente vienen las declaraciones, comunicados, discursos, aclaraciones de cada parte: los culpables son los otros, las conversaciones deben continuar, los partidos de la izquierda están "condenados" a unirse, etcétera. "No tenemos una

estrategia de recambio. No teníamos más que una, no tendremos siempre más que una", clama el secretario general del PCF, Georges Marchais, para defender su idea de que el programa común es su única política, y acusar a su vez a los socialistas de querer cambiar su estrategia. Los cuales, a su vez, se defienden también áspidamente: son los mismos de siempre, son fieles al programa común de 1972. Desde el socialismo, o parasocialismo, se extiende la idea de que el PCF sirve más a la URSS que a Francia: vieja idea de la guerra fría. Desde los medios próximos al PCF y dentro del mismo, se acusa a los socialistas de querer cambiar de alianzas y unirse a la burguesía. Si Giscard busca una forma de crear una alianza centro-izquierda —suponiéndose el mismo el centro— a la manera italiana antigua, para poderse desprender así de un excesivo peso de los antiguos degolistas en su coalición de derechas, y aprovechar la corriente izquierdista del país, Mitterrand vería por ahí una salida electoral mucho más cómoda, mucho más fácil que con los comunistas. Pero

quién sabe si los comunistas, al defender el programa de defensa —el arma de "disuasión" que creó el general De Gaulle—, estarían buscando a su vez una alianza con los degolistas para formar otro centro-izquierda, y conseguirían la anuencia de los militares...

De este tenor son las acusaciones mutuas. Que destrozan, sobre todo, una idea general de la izquierda. Los militantes de uno y otro partido son de otra estofa: los militantes digieren con facilidad relativa todas estas catástrofes por la simple adhesión a la directiva de su partido y por la creencia de que la culpa es el del otro. Pero se sabe que unas elecciones no las hacen los militantes: en cualquier país son una minoría. Las elecciones, el conjunto de la opinión, lo forman unos ciudadanos que ven o no posibilidades en las opciones que se les presentan. La izquierda general francesa, maltratada desde hace años en todas las situaciones gubernamentales —y no sólo en la larga época del general, sino desde antes—, veían en esta unión una posibilidad única. La izquierda general en Francia se encontraba con que un des-

lizamiento a la izquierda del Partido Socialista desde el momento en que lo ocupó Mitterrand y comenzó a borrar los fantasmas de un socialismo de derechas que había dominado durante toda la época de la guerra fría, sumado a un deslizamiento a la derecha del Partido Comunista Francés —tras el rechazo de los viejos dogmas y una renuncia a la ocupación del poder por vías revolucionarias—, podía producir un punto de encuentro prácticamente único en muchos años, en por lo menos cuarenta años. El añadido de los radicales de izquierda le daba otra consistencia. La sensación de quiebra de una esperanza atañe a esa gran masa de la izquierda general francesa, que se vela ya al borde de unas elecciones generales triunfantes, y que ahora se ve de nuevo condenada a un estado permanente de oposición.

Porque los lebreles avanzan. Galgos de Giscard o podencos de Chirac: los mismos colmillos. Saben ya que la izquierda está perdiendo "diez mil votos por minuto", según la expresiva frase del socialista Deferre, y piensan aprovechar la situación. Se dice que Giscard podría, usando sus prerrogativas, adelantar las elecciones, que, oficialmente, habrían de tener lugar en marzo: aprovechar el buen momento, antes de que socialistas, comunistas y radicales comprendan que están "condenados a unirse". El esfuerzo de Giscard no sería tanto el de buscar una alianza coyuntural con los socialistas, sino en dotar de un cierto progresismo su programa electoral y apoderarse de algunos de los temas de la izquierda, con el fin de ganarse los votos del desencanto. Algunos consejeros de Giscard, y el grupo que sigue a Chirac, pensarían por el contrario que cuanto más tiempo pase más consagrada estará la ruptura de la izquierda y más posibilidades puede tener la derecha. En las concesiones de fachada —mayores libertades individuales, una forma más tolerante de sociedad— están de acuerdo todos.

La impresión general no se centrará demasiado en los puntos de discordia, en la nacionalización de empresas, programa de defensa, las tasas de impuestos sobre el capital o cualquiera de los otros temas en discordia. Se fija, sobre todo, en que se ha quebrado una voluntad de unificación. Esta voluntad estaba presente en el programa conjunto de 1972: era un programa probablemente impreciso, pero que respondía claramente a un deseo de quebrar los estatutos de la sociedad francesa como se vienen prácticamente arrastrando desde los códigos napoleónicos y responder directamente a una amenaza que estaba ya realizándose: hacer recaer el peso de crisis mundial sobre los asalariados. El documento de 1972 modificó totalmente el carácter de la política francesa, despertó un respeto y una esperanza. Continuamente se refieren ahora a él los roturistas de 1977: cada uno se dice defensor de aquel programa común. Pero lo que entonces se veía con una misma óptica, parece que ahora ofrece interpretaciones muy distintas. Y, sin embargo, la amenaza no ha cedido, y la crisis eco-



## EL DESENCANTO DE LA IZQUIERDA FRANCESA

nómica sigue pesando cada vez más sobre los asalariados; y, sin embargo, el triunfo parecía próximo a conseguirse. Es difícil para esta opinión general de la izquierda comprender otra cosa que ésta: la voluntad de unificación ha desaparecido. Y aparece la sospecha de que pueda no haber existido nunca, y que las direcciones de cada uno de los partidos la hayan querido utilizar siempre para cabalgar sobre los lomos de los otros. Los comunistas, sobre la extensión de una izquierda moderada y, sin embargo, fuerte que ofrecía al Partido Socialista renovado por Mitterrand, y para salir del "ghetto" de la guerra fría, para probar que su eurocomunismo era útil; los socialistas, para utilizar la capacidad de organización y

la eficacia del PCF, para librarse de las acusaciones de derechismo que se ganaron en la época de la guerra fría y en los momentos de las guerras coloniales —Indochina, Argelia— y por la sospecha de que podrían ser mayoritarios en la coalición y en los resultados electorales. Los radicales de izquierda, porque su minúsculo partido podría tener así una ocasión de llegar al poder sin renunciar a su vocación de izquierdas. ¿Y si el documento de 1972, momento estelar de la política general de la izquierda, ilusión colectiva, no hubiera sido nunca más que un mercado de astucias, un juego de quienes dirigen los partidos? Se habría comenzado a romper ahora precisamente por la proximidad del poder: por la forma de dividirse lo que todavía no se ha ganado. Y porque habría ya una disputa preelectoral en cada uno de los grandes partidos: más que arrebatarse votos a la derecha, tratarían de quitárselos unos a otros. Es evidente que, aun dentro de la unión,



Comunistas, socialistas y radicales, durante su última reunión: tampoco esta vez lograron ponerse de acuerdo.

cada partido va a conservar su personalidad electoral. Y no es lo mismo que sea el Partido Socialista o el Comunista el que, dentro de la unión, obtenga mayor número de diputados. Ciertamente que parecía haber un acuerdo general en

que fuese Mitterrand quien presidiese el Gobierno —por razones de prudencia, por no alarmar; por no crear el escándalo nacional e internacional de un presidente del Gobierno comunista en Francia, junto a un presidente de la República derechista—; pero no lo presidiría lo mismo si, dentro de la coalición, el PCF fuera dominante.

Esta opinión de desprecio es la que puede estar ya haciendo perder votos a la unión de la izquierda —a la supuesta unión de la izquierda—, a la velocidad más o menos que precedía Deferre (algunas auscultaciones señalan al día siguiente de la última ruptura una pérdida del 1 al 2 por 100 del electorado). Es una opinión que se centra en la idea de que no hay un culpable de la ruptura, sino lo que lo son todos. Al margen de ella, hay otra consideración de tipo filosófico sobre la tendencia de la izquierda a divertirse. Es aquella que estima que la división está en su propia naturaleza. Siendo la izquierda una reflexión continua sobre los problemas que se van planteando, una defensa de la libertad de pensamiento y de expresión, una vocación de pluralismo, parece lógico que en su propio seno florezcan continuamente las "cien flores" de la retórica de Mao, y las cien escuelas que la subdividen a cada encontronazo con la realidad. Sería entonces la derecha la que abordaría la política de poder con un esquematismo mayor, como una defensa de intereses más que programas teóricos, con un sentido práctico. Estas distintas naturalezas impulsarían a la izquierda a una división continua, a la derecha a una formación de bloques defensivos. Y, por lo tanto, a unos resultados electorales siempre parecidos. La esperanza de que la pluralidad teórica e ideológica de la izquierda pueda mantenerse dentro de unos grandes denominadores comunes se fija de cuando en cuando en grandes momentos, en situaciones especiales: como la de los frentes populares de los años 30, o precisamente como la del programa de 1972. Una esperanza que, finalmente, nunca cuaja, y que sitúa a la izquierda en una situación especial: la de influir desde la oposición. La de combatir desde fuera: como un poder externo. ■

## El acoso a LE MONDE

**PARIS.**—El vespertino *Le Monde* lo tiene todo para ser un periódico feliz. Ningún diario francés (y escasos en el mundo) han adquirido tal dimensión institucional; pocos han suscitado tantos estudios, tesis y análisis; ninguno en Francia conoce, como él, un aumento constante de la venta. Pero, corolario de todo ello, raros son los que provocan tantos ataques. *Le Monde* irrita porque posee un valor real, tanto en los círculos políticos como en las Redacciones de los demás periódicos.

Los asaltos a *Le Monde* arreciaron desde hace un par de años. Se debe a que, por primera vez, este diario había abandonado su tradicional "imparcialidad" para tomar posición en favor de François Mitterrand en las elecciones presidenciales, y luego, apoyando a la unión de la izquierda y el programa común, en las legislativas.

En estos dos años se publicaron dos libros de sendos ex cola-

boradores del periódico, en los que explicaban cómo había que leerlo, la forma de interpretar los condicionales, los matices de las famosas frases entrecomilladas y la sutil dosificación de las "tribunas libres" que no comprometen al periódico, que le dan una aparente imparcialidad, etcétera, etcétera (1).

Fueron otros tantos alfileretazos que no hicieron mella en la sólida armadura del periódico, y ante la proximidad de las elecciones legislativas (marzo del 78) el gran capitalismo francés decidió atacar a *Le Monde* en su propio terreno: desde el 19 de septiembre circula un nuevo vespertino dirigido por Joseph Fontanet, ex ministro centrista, que interpreta a su manera la fórmula de Clauswitz: "el periodismo es la continuación de la política con otros medios".

El nuevo diario se titula *J'In-*

(1) Ver *TRIUNFO*, número 697. La objetividad (entre comillas) de *Le Monde*.

*forme*, lo que puede parecer repelente, pero que fue establecido tras un exhaustivo estudio del mercado.

NO es la primera vez que se trata de hundir a *Le Monde*. En 1956, el patronato francés, el CNPF, lanzó un diario llamado *Le Temps de Paris* que vivió exactamente sesenta y seis días. El gran capitalismo no quiere repetir la misma experiencia, y a juzgar por los muros y paradas de autobuses de París —llenos de publicidad—, el respaldo económico parece inmenso. Pero —también resultado de la lección anterior— el CNPF no aparece oficialmente al frente de la operación. En cambio, se encuentran entre los accionistas los directores de grandes empresas, como *l'Oreal*, miembros de partidos políticos de la mayoría actual, hombres de Chirac, etcétera.

"Tenemos dinero y venceremos", dice el director y ex ministro, a la par que niega la existencia de una operación anti-*Le Monde*. Pero la guerra entre ellos está casi declarada. Ya ha empezado a la hora de salir a la calle. *J'Informe* aparece antes que *Le Monde*, y éste ha adelantado un cuarto de hora su salida.

Los colaboradores del nuevo diario están un poco impresionados ante la perspectiva de la batalla contra la institución colega. "Nuestro objetivo consiste en ofrecer un periódico al público del centro o del centro derecha que no está de acuerdo con la línea de *Le Monde*, y lo lee porque no hay otra cosa seria". Su ambición se limita a vender 120.000 ejemplares diarios, lo que al lado de los 600.000 de *Le Monde* resulta modesto. Pero Fontanet no tiene esos complejos. "Incluso si no vendemos más de 50.000 ejemplares durante dos meses, continuaremos". ■



El nuevo periódico parisense, dirigido por el ex ministro Fontanet, tratará de hacer mella en el prestigioso "Le Monde".

